

CULTURA DE LA VIOLACIÓN
APUNTES DESDE LOS FEMINISMOS
DECOLONIALES Y CONTRAHEGEMÓNICOS

ÚRSULA SANTA CRUZ
DEYANIRA SCHURJIN
BRIGITTE VASALLO
ANA LLURBA



levanta
fuego



PRIMERA EDICIÓN: SEPTIEMBRE DE 2017

SEGUNDA EDICIÓN: ENERO DE 2018

TERCERA EDICIÓN: SEPTIEMBRE DE 2018

CUARTA EDICIÓN: JUNIO 2019

TEXTOS: BRIGITTE VASALLO, ÚRSULA SANTA CRUZ,
DEYANIRA SCHURJIN, ANA LLURBA

ILUSTRACIONES DE CUBIERTA: ALBA FEITO

EDICIÓN, CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN: LEVANTA FUEGO

WWW.LEVANTAFUEGO.COM

ISBN: 978-84-697-5999-8

EL CONTENIDO DE ESTA OBRA PUEDE SER DISTRIBUIDO,
COPIADO Y COMUNICADO LIBREMENTE, SIEMPRE Y CUANDO
SU USO SEA NO COMERCIAL. PARA CUALQUIER OTRO USO
O FINALIDAD SE RUEGA CONTACTAR CON LA EDITORIAL

CULTURA DE LA VIOLACIÓN

APUNTES DESDE LOS FEMINISMOS
DECOLONIALES Y CONTRAHEGEMÓNICOS





ÍNDICE

Matar al colono.....	9
Cultura de la violación: de Colonia a Abu Ghraib. <i>Brigitte Vasallo</i>	11
Más allá del género: resistencias ante la amnesia colonial. <i>Úrsula Santa Cruz</i>	25
Aventura o ruta. <i>Deyanira Schurjin</i>	39
La virgen o la puta: la cultura de la violación en el cristianismo. <i>Ana Lurba</i>	49
Bibliografía	59
Apuntes biográficos.....	61



MATAR AL COLONO

La cultura de la violación está muy presente en nuestra sociedad. Los cuerpos de las mujeres son constantemente señalados como objetos sobre los que es lícito ejercer violencia. La publicidad, el cine y la televisión son acusados frecuentemente de propagar esta violencia, pero la cultura de la violación tiene unas raíces mucho más profundas. Más allá de la denuncia en las redes sociales de este tipo de contenidos, se hace necesario un análisis pormenorizado que no solo descubra las manifestaciones menos evidentes de esta cultura, sino que también problematice y critique la forma en que es abordada su denuncia.

Con el enfoque de los feminismos decoloniales y contrahegemónicos, los textos que componen este libro señalan nuestra mirada racista y ponen en evidencia al colono que todos los blancos llevamos dentro. Las preguntas se amontonan esperando una respuesta. ¿Qué pasa cuando el cuerpo violado no es blanco? ¿Qué sucede cuando la violación no es un hecho aislado sino el producto de una estrategia planificada de control y aniquilación

de una comunidad o una etnia? ¿Pueden los cuerpos racializados, migrantes, ubicados históricamente por debajo de la línea de lo humano, tener algún tipo de restitución legal en una Europa racista, colonial, capitalista y heteropatriarcal cuando son violados? ¿Qué sucede cuando la denuncia de una violación es utilizada para atacar a un colectivo por motivos raciales, como sucedió en Colonia recientemente? ¿Qué ocurre cuando ni siquiera puedes señalar a tu violador o vengarte de él? ¿Cómo modifica el análisis el hecho de que los cuerpos designados como violables sean también los de los hombres, como sucedió en la cárcel de Abu Ghraib? ¿Por qué las 43 niñas violadas y asesinadas en Guatemala apenas despertaron campañas de apoyo internacionales?

Los textos de Brigitte Vasallo, Úrsula Santa Cruz, Deyanira Schurjin y Ana Llurba plantean todas estas preguntas, pero también la certeza de que es necesario análisis mucho más profundos, capaces de matar de una vez por todas a ese colono racista y patriarcal.

Editorial Antipersona
Septiembre 2017

CULTURA DE LA VIOLACIÓN: DE COLONIA A ABU GHRAIB

BRIGITTE VASALLO

LO PERSONAL

Preparé este texto a petición de la asociación de mujeres Hypatia de Burgos, que me encargó una conferencia sobre la cultura de la violación. Aunque los temas son transversales, yo no tengo un trabajo específico sobre la cuestión y, sin embargo, tenía una necesidad guardada de pensar y hablar sobre ello. Un año antes, en enero de 2016, había escrito el artículo «Vienen a violar a nuestras mujeres» denunciando un proceso que he venido a llamar *purplewashing*, el lavado de cara violeta, por ser el color del feminismo, de políticas y propuestas racistas que poco tienen que ver con los derechos de las mujeres y mucho con la dominación de unos hombres sobre otros a través de la instrumen-

talización de los derechos de «sus» mujeres. En aquel artículo me refería en concreto al feminismo sobrevenido en los sectores más rancios de Europa, escandalizados porque (presuntamente) unos hombres racializados atacaron sexualmente a unas mujeres blancas en la fiesta de Fin de Año de Colonia. Nunca supimos si también había hombres blancos que hubiesen atacado a mujeres racializadas o a mujeres blancas. Ellos pasaron a ser todos moros y ellas, todas rubias.

Aquel artículo me valió el mayor ciberataque que he recibido hasta el momento por grupos de extrema derecha, con amenazas e imágenes violentas y un cierto *leitmotiv* que se iba repitiendo de tuit en tuit: “cómo se nota que a ti no te ha pasado”.



Cierto. A mí no me han violado quince tíos hasta aburrirse: fueron tres, no eran ni blancos ni europeos, yo tenía 18 años y usaron una droga que me durmió para quedar a su plena disposición durante toda la noche. Esta es la primera vez que lo escribo, letra a letra. La primera vez que lo nombré en voz alta fue ese enero de 2016, 23 años después de aquella noche y a raíz de los centenares de mensajes que, llamándome «mal follada», «follamoras» y deseándome violaciones múltiples, devolvieron aquella memoria a la primera línea de mi consciencia y ya no hubo manera de sacármela de encima. Afortunadamente, en estos 23 años he leído a Virginie Despentes, he crecido en el feminismo y

la vida me ha regalado a mi hermana Andrea Beltramo, a la que debo mucho de mi sanación en este asunto.

Si lo explico aquí es por dos motivos: el primero, para no dejar grietas a la neutralización estúpida del discurso bajo argumentos de mi supuesto buenismo culturalista, que sería tan racista como cualquier otra forma de racismo. Cuando acuñé el término *purplewashing* sabía exactamente de lo que hablaba. Desde mi propio cuerpo. La deconstrucción del racismo, el machismo, la homo, lesbo y transfobia etc. no es privilegio de gentes acomodadas con vidas fáciles y estúpidas, sin trauma alguno y sin mayor ocupación que psicoanalizarse eternamente. Bien al contrario. De nuestras heridas podemos hacer rizoma. Pero también lo escribo porque hasta ahora no he sabido dónde explicarlo. Cada vez que busqué espacios de acompañamiento de aquella experiencia solo encontré retornos racistas que atendían a la condición de musulmanes de los violadores más que al hecho de ser sujetos de una masculinidad bélica, hegemónica y muy transversal. Y ese mismo racismo lanzado contra mis agresores golpeaba también a la mayoría de gente que quiero, tan árabe y tan musulmana como ellos. Me golpeaba también a mí, al yo que está constituido también por mi red de afectos. Y bastante tenía yo con la violación como para, encima, tener que ponerme a hacer pedagogía antirracista. Por eso decidí no hablar de ello. Hasta ese enero de 2016. Hasta ahora, cuando ya no temo que se use esta información personal en mi contra: estoy sanada, ya no se me puede herir por esa grieta.

Empiezo híper personificando el tema de la violación porque lo voy a desesencializar durante el transcurso del texto. Y, por ello, hago mi último apunte previo. Yo soy activista. Mucha parte de mi

activismo es pensar, conceptualizar, lanzar propuestas explicativas que nos ayuden a desmontar el desastre en el que vivimos. Ni me interesan las filigranas intelectuales estériles ni me preocupa el uso herético de los conceptos. Mezclo, combino, traduzco ideas para tratar de clarificar lo real y para que nos sean útiles. Únicamente. Pero hacerlo necesita de honestidad y de la honestidad cómplice de quien lee. Si combinar conceptos va a servir para neutralizar la experiencia del y la otra y reafirmarnos en un ombliguismo autorreferencial y violento en sí mismo, no es necesario que sigáis leyendo. Argumentos para negar el racismo, el machismo y la intersección de ambos hay a mansalva. Este no es un texto para negar: es un texto para pedirnos, todos y todas, responsabilidades en la guerra que habitamos.

LO POLÍTICO

Para tirar de los hilos de eso que denominamos cultura de la violación puede ser útil empezar por ver cómo está definida. El Marshal University Women's Center lo hace así:

La cultura de la violación es el entorno en el cual la violación ostenta una posición preponderante y en el cual la violencia sexual infligida contra la mujer se naturaliza y encuentra justificación tanto en los medios de comunicación como en la cultura popular. La cultura de la violación se perpetúa mediante el uso de lenguaje misógino, la despersonalización del cuerpo de la mujer y el embellecimiento de la violencia sexual, dando lugar a una sociedad despreocupada por los derechos y la seguridad de la mujer.